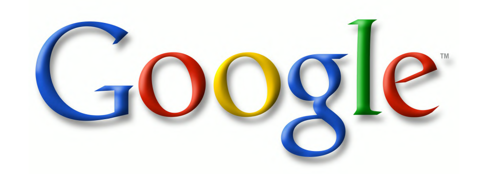
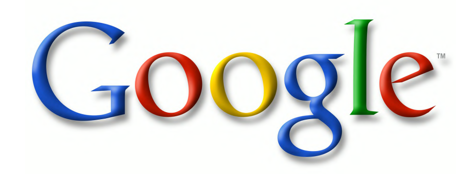




BIBLIOTECA DE POETAS AMERICANOS

S. Martínez Alonzo

Nieves

Librería de la V^da de Ch. Bouret
París


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

NIEVES



SALVADOR MARTÍNEZ ALOMIA

NIEVES

VERSOS





LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET

PARÍS — 23, Rue Visconti, 23 | MÉXICO — 14, Cinco de Mayo, 14

1905

ERÓTICAS



I

Dicen que soy poeta porque rimo
Las profundas tristezas de mi alma
Y vibran la pasión y el sentimiento
De un pecho enamorado, en mis estancias.
Dicen que soy poeta porque encuentran
Inflexión musical en mis palabras,
Esas palpitaciones misteriosas
Que tienen las postreras esperanzas.
Pero mienten, mi bien, si yo he sentido
En mi alma juvenil todas las ansias
Y todos los pesares infinitos
De la injusticia y de la angustia humanas;
Si he ensalzado el dolor de los humildes,
De los infortunados, de los parias,
Y cantado los triunfos del guerrero
Y las glorias supremas de mi patria,
Aun no he llegado al ideal que aspiro,

Porque no he visto tus pupilas claras
Como el sol tropical, humedecerse
Con el grato rocío de tus lágrimas.
Cuando yo sepa que mis pobres rimas
Hayan logrado conmover tu alma;
Cuando yo sepa que al leerlas lloras
Y sientes las tristezas ignoradas
Que abruman á mi espíritu abatido
En su lucha tremenda y solitaria,
Entonces sí creeré que soy poeta,
Entonces sí verás en mis estancias
Verdadera pasión, amor, ternura,
Inflexión musical, dulces palabras,
Y haremos el bautizo de esos versos
Con el mismo rocío de tus lágrimas.

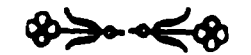




II

Porque eres muy hermosa y muy galana,
Porque tienes una alma soñadora,
Y como en nimbos de gentil aurora
Esplende tu belleza soberana;
Porque rima tu plástica pagana
El triunfo de la línea, te enamora
El Fausto de presencia seductora
Que creó la Dramática germana.
Cuida bien el armiño en que te envuelve;
Cuida el suave perfume en que disuelve
La oculta hiel de su pasión dormida;
Cuida tu corazón porque ya he visto
Centellear las pupilas de Mefisto
En el diáfano cielo de tu vida.
Mas ¡ ay ! eres mujer y en tus joyeros
No se ocultan las perlas opalinas
Ni lucen las caricias diamantinas

Ni duermen los zafiros prisioneros.
Y pides al Amor los lisonjeros
Halagos y las risas argentinas,
Las que encienden las bocas purpurinas,
Las que cantan los triunfos pasajeros.
Te darán la diadema de brillantes
Y sentirán tus labios palpitantes
Del torpe beso la caricia insana,
Mientras llega Siebel, loco de amores,
Con su trémulo búcaro de flores
Á la reja glacial de tu ventana.



III

A UNA MORENA

En la helénica curva de tu mórbido cuello
Y en el ébano undoso de tu bruno cabello
Pongo un hilo de perlas y un sangriento clavel;
Á tus pies primorosos calzo breves chapines
Y en tus frescas mejillas dejo vivos carmines
Con la suave caricia de un alado pincel.

*
* *

En la flor de tu boca, el vocablo sonoro;
Un triunfal abanico en tus manos, y el oro
De flamantes pulseras en tu brazo gentil;
Una bata que ciña tu escultórea cintura
Y aromando las gracias de tu real hermosura
Los radiantes perfumes de las rosas de Abril.

*
* *

En tu busto, terciado el mantón de Manila,
Y quemando en el fuego de tu negra pupila
El ingenuo entusiasmo de mi sueño de amor,
Te contemplo extasiado, perla nítida, joya
De un artístico encanto, como maja de Goya
Arrancada de un cuadro del glorioso pintor.





IV

En esta triste soledad, mis penas
Me parecen más duras y más hondas...
¡ Cómo recuerdo las nocturnas rondas
En que te dije dulces cantilenas !

¡ Cómo recuerdo, gratas y serenas,
Nuestras noches de amor, junto á las ondas
Del mar dormido : tus guedejas blondas
Temblando entre las blancas azucenas

De tus manos y el beso fugitivo
Que de mis labios trémulo y furtivo
Se escapaba y rozando tus cabellos

Iba á perderse luego en la tranquila
Noche invernal, dejando en tu pupila
Una estrella de pálidos destellos.





V

LA CITA

Dejaste en el tibor de porcelana
El marchito bouquet y pensativa,
Como una esclava de su amor cautiva,
Te acercaste al cristal de tu ventana.

En un lago de ópalo y de grana
Se fué ahogando la tarde y fugitiva,
Como una inmensa lámpara votiva,
Surgió la Luna en la extensión lejana.

Un secreto rubor prendió sus dardos
En tu alma virginal, porque los nardos
De tus mejillas se tornaron rojos

Cuando Selene, heraldo mensajero,
Vino á besar con su fulgor primero
Las húmedas turquesas de tus ojos.



VI

Cumple con tu misión y no te afanes
En ser altiva cuando no eres fuerte :
Ni tu beldad olímpica engalanes
Con falsos atavíos ni profanes
Las dulces gracias que te dió la suerte.

Sé buena y nada más : si hay un lucero
Encendido en tus trémulas pupilas,
Para alumbrar con él busca primero
Las hondas penas del amor sincero
Que son más hondas cuanto más tranquilas.

Cumple con tu misión : si eres paloma,
Confórmate con dar tu dulce arrullo ;
Embalsama el ambiente con tu aroma
Si eres rosa gentil, y si eres poma,
Da tus mieles sin fausto y sin orgullo.

Sé buena y nada más : cese el anhelo
De aumentar tu pasión ó tus querellas ;
¿ Se obstina el ave en olvidar su vuelo,
En detener su curso el arroyuelo,
En apagar su lumbre las estrellas ?

Todo tiene su objeto y todo llega
Á un fin determinado y persistente ;
Si eres un ángel candoroso, anega
Las tristes almas en tu amor, ó brega
Por difundir el mal si eres serpiente.





VII

A J.

En la mansa agonía de la tarde,
Cuando el fulgor crepuscular expira
En un lecho de sombras, y delira
Angustiado mi espíritu cobarde,

Pienso en la luz que en tus pupilas arde,
En la delicia que tu voz inspira
Y quiero hacer de mi cansada lira
Urna de amor que tus ensueños guarde.

Quiero que, fugitivos y dispersos,
Como átomos de luz broten mis versos
Para nimbar tu pálida cabeza,

Y seas junto á mí, perpetuamente,
La dócil compañera que me aliente
En mi desolación y mi tristeza.





VIII

A UN CIEGO

Á Manuel Gutiérrez Zamora.

Empuñas el nudoso bordón que te acompaña
Para cruzar las calles ¡ oh desolado ciego !
Entre las negativas á tu afligido ruego,
Entre las necias burlas á tu figura extraña.

Á tientas vas buscando tu mísera cabaña
Albergue sin caricias, sin pan, sin luz, sin fuego,
Adonde sólo encuentras reparador sosiego
En un jergón que á veces tu acerbo llanto baña.

Y allá en la sombra duermes y sueñas en un día
En que la voz de un ángel, como una epifanía,
Te anuncie la derrota de la maldad humana.

Pues llora y sueña : sólo de sueños y dolores
Y llantos y miserias, se harán los resplandores
Que incendien los triunfales orientes del mañana.





IX

NOCTURNO OP. 26

Á la Señorita Julia Cervera.

Cuando vibra en tu piano
Ese nocturno de dolientes quejas
Como un eco lejano,
Me parece que olvidas mi cariño,
Que te vas y me dejas,
Y te llevas oculto en el corpiño
El ramo de azahares,
El bucle de tus límpidas guedejas,
Y aquellas tristes cartas
En que yo te contaba mis pesares.
¿ Por qué de mí te apartas ?
Te digo, sollozando enternecido,
Y á tu boca entreabierta
Miro asomarse la palabra incierta

Que me tortura el corazón : ¡ olvido !
¡ Oh, la débil, la tierna melodía
Que tiende el vuelo con el ala abierta,
Va repitiendo con sus leves notas
De ternura y dolores : ido, ido,
Que caen como gotas
De llanto amargo sobre el alma mía !
Esos ecos sollozan
Con una angustia que me oprime el alma,
Parecen ilusiones que reposan
En un ensueño de apacible calma,
Y al ideal conjuro de tu piano
Despiertan aturdidas
Como al tiro cercano
Del cazador las aves adormidas.
¡ Calla, por Dios ! tu mano
Tiembla sobre el teclado que palpita
Como un gran corazón enamorado;
La ternura infinita
De ese nocturno pálido y sombrío
Me dice que mi amor has olvidado,
Y yo no quiero que en el pecho mío,
Si tu cariño pierdo,
Surja el pesar aleve
Cual fantasma de nieve
Envuelto en la mortaja del recuerdo.



X

RONDEL

En la lumbre de tus ojos se bañó mi desconsuelo,
Y las mieles de tus labios endulzaron mis dolores;
Y pasó, cual vago bólido, por los nublos de mi cielo
La caricia inebriativa de tus púdicos amores.

¡Oh visión ultraterrestre cuyos vivos resplandores
Alumbraron las perpetuas lobregueces de mi anhelo!
Con las mieles de tus labios endulcé mis sinsabores
Y en la lumbre de tus ojos se bañó mi desconsuelo.

No te ausentes, dulce amiga, blanca estrella de mi cielo;
Quiero, asido eternamente, á tu cauda de fulgores,
En la lumbre de tus ojos empapar mi desconsuelo
Y en las mieles de tus labios endulzar mis sinsabores.



XI

Á la Señorita Josefina Liaño, cubana.

Como envuelta en la espuma diamantina
Que ciñe y borda tu natal ribera,
En ráfaga de fresca Primavera
Trajiste aquí tu juventud divina.
Tienes todo el encanto de la ondina
Y toda la esbeltez de la palmera,
Y vibra en tu palabra la hechicera
Música de una fuente cristalina.
Princesa, digna del rondel sonoro
Que entre las cañas y la espiga de oro
Dicen las brisas al caer la tarde;
Mi verso es una humilde pasionaria
Que saluda á la « estrella solitaria »
Que en el fulgor de tus pupilas arde.



XII

A CAROLA

En su álbum.

Sé que admiran la mágica pureza
De tu hermosura olímpica y lozana:
Sé que admiran la curva soberana,
El encanto triunfal de tu belleza.

Sé que admiran tu noble gentileza,
Tu elegancia de reina, y la temprana
Flor entreabierta, de color de grana,
Entre tus labios de carmín opresa.

Aunque adoro la forma palpitante
De juventud y amor, busco anhelante
En tus hechizos el mejor tesoro:

El halago ideal de tu cariño,
De tu virtud el impoluto armiño
Y el cielo azul de tus ensueños de oro.



XIII

Me ves y ni una contracción siquiera
Se dibuja en las líneas de tu cara ;
Impávido también, pasar te miro
Seria y hermosa y pensativa y blanca.

Nadie puede saber que al encontrarse
Así como al azar nuestras miradas,
En un fugaz relámpago se enciende
El infinito amor de nuestras almas.

Nadie puede saber por qué tenemos
Ocultas las sonrisas y las lágrimas ;
Nadie puede saber por qué llevamos
Ocultas nuestras mutuas esperanzas.

Y así al vernos pasar, yo taciturno,
Tú, seria, hermosa, y pensativa y blanca,
Todo el mundo dirá : ¡qué indiferentes!
Y sólo Dios dirá : ¡ cuánto se aman!





XIV

TARDES MARINAS

Amo las tardes porque reina en ellas
La calma, precursora del mutismo,
Y en su sombra se encienden las estrellas
Como faros que alumbran el abismo
¡Y yo soy un abismo sin estrellas!

Las amo porque tienen resplandores
En su luz que se extingue paso á paso,
Mientras irradia múltiples colores
La divina Apoteosis del Ocaso
¡Y yo soy un ocaso sin fulgores!

¡Oh sí, las amo porque tienen ellas
Estrellas en su abismo, y resplandores

En su Ocaso de múltiples colores
¡Y yo soy un abismo sin estrellas!
¡Y yo soy un ocaso sin fulgores!



XV

RONDEL

Con la serena candidez de un lirio
abierto á las caricias vesperales
apareces, triunfante, en mi delirio
clavando en el crespón de mi martirio
tus ojos como lívidos puñales.

Son muy tristes mis noches invernales :
la luna brilla como débil cirio
entre las desoladas catedrales,
y tú clavas tus ojos cual puñales
en el negro crespón de mí martirio.

¡Ay! en mi soledad, en mi delirio
lloro por las caricias estivales
y por tu muerta candidez de lirio,
al sentir que tus ojos criminales
se clavan como lívidos puñales
en el negro crespón de mi martirio.



XVI

Doblaste como un lirio de alabastro
tu cabeza gentil, y una secreta
ansiedad dibujó su leve rastro
sobre tus tristes ojos de violeta.

Con la copa en la mano, diluíste
tu ensueño en las espumas diamantinas
de la Champaña, y, pensativa, viste
cruzar unas aéreas serpentinas.

Allá lejos, la orquesta murmuraba
un taciturno valz, y, lentamente
y á compás de la música, vagaba
tu alma en el suave y perfumado ambiente.

Y yo á tu lado contemplaba el sello
de gravedad impreso en tu semblante,

Y miraba temblar sobre tu cuello
De paloma un encaje palpitante.

« Salud » — dijimos — y al alzar el brazo
para apurar la copa, con certera
parábola fugaz, una ligera
cinta encarnada nos unió en un lazo.

Palidecimos ; pero yo más serio
y más fuerte que tú, deshice el nudo...
y había en tus pupilas un misterio
y en mis labios un gran poema mudo.





XVII

NUNCA

Pensamos en las dulces caricias de otros días,
¡ Pensamos en las dulces caricias! nuestros ojos
Se iban humedeciendo de lágrimas : tus rojos
Labios en que bebiera tan gratas ambrosías
Estaban ya muy pálidos, y de las alegrías
Lejanas nos quedaban los míseros despojos;
Apenas si encendían su lumbre los sonrojos
Entre la blanca nieve de tus melancolías.
¿ Qué fué lo que dijiste ? no sé; como se queda
La espuma sobre la ola que mansamente rueda,
Sobre tus labios trémulos la frase se quedó;
Yo sé que suspiramos y que tu suave mano
Acarició mi frente; que me llamaste hermano
Y esa palabra tierna como un puñal me hirió.
¿ Tu hermano yo ? tú sueñas un imposible ; deja
Que así como antes mire tus ojos seductores,
Que así como antes te hablen mis íntimos dolores

De sus eternas luchas y de su eterna queja.
Deja que mi alma vaya como sonante abeja
Al huerto de tus sueños buscando entre sus flores
La miel de tu cariño, la miel de esos amores
Que con su indiferencia tu corazón me aleja.
¿ Tu hermano ? No : tu amante, tu amante apasionado,
El que lloró tus penas, el que lloró á tu lado
Cuando la negra sombra tu espíritu alcanzó.
Ó todo ó nada : tendré, si tú lo quieres,
Ó todos los dolores ó todos los placeres,
Tu rey seré ó tu esclavo ; ¡ pero tu hermano, no !



XVIII

I

Estabas pensativa : el amuleto
De ópalo real que la primera noche
Te dí, con una mueca de reproche
Escuchaba tu lánguido secreto.

Frente al diván, en el jarrón discreto
Una blanca magnolia abrió su broche,
Y cuando oíste que rodaba el coche
Por la avenida lóbrega, completo

Creíste el triunfo de tu nuevo amante...
Fué un instante no más ; pero un instante
Que no se olvida nunca : la tristeza

Envolvió su pupila seductora,
Y pensaste ¡oh rubor! en aquella hora
En que toqué la flor de tu pureza.

II

Yo fuí el primero, el tímido, gallardo
Me viste en el crepúsculo sereno
Y sentiste brotar bajo tu seno
El perfume inequívoco del nardo.

Entonces, á tu pálido Abelardo
Le diste la caricia y el veneno
Y porque era muy pálido y muy bueno
En su alma juvenil clavaste el dardo

De tu neurosis implacable : aquella
Tarde, mirando la primera estrella,
Soñaste el artificio de tus males ;

Pero jamás de tu memoria arrancas
La hora fatal en que mis manos francas
Entreabrieron tus púdicos cendales.





XIX

VALZ LENTO

Chopín nos cuenta su tristeza : sobre
La caja del piano la corola
De una exótica flor emerge sola
En un vaso nipón tallado en cobre.

Rueda la blanca lágrima salobre
Por sus frescas mejillas de amapola,
Mientras con mano trémula vïola
La marfilina superficie. ¡ Pobre

Valz taciturno, su cadencia prende
En nuestras almas el recuerdo; enciende
La llama que ocultaron las cenizas

De un olvido fugaz, y dice, triste,
Que una amargura inconsolable existe
En el fondo de todas la sonrisas !



XX

Á una triste.

Vamos donde florecen los mágicos ensueños;
Donde con áurea risa sonríe Primavera;
Donde los lotos abren sus cálices sedeños
Y alisan las ondinas su blonda cabellera.

Vamos á donde anidan los pájaros zahareños
Cuyo plumaje, al beso del Alba, reverbera;
Donde abren las sirenas sus ojos halagüeños
Y pasan los nelumbos besando la ribera.

En la onda que suspira monótonos rondeles
Con un clamor eterno, bogan como bajeles
De pálidos contornos las plantas fugitivas...

Huyamos en el cáliz de alguna flor acuática,
Para vivir la vida perpetuamente errática
Que viven esas grandes corolas pensativas.





XXI

Fué la dicha suprema : tu cabello
Suelto en ondas de oro se agitaba
Como bandera rubia y enredaba
Sus temblorosos rizos en tu cuello.

En tus azules ojos el destello
De la pasión inmensa que te ahogaba,
Como la luz de Vésper, fulguraba
Intensamente luminoso y bello.

Así tus manos, trémulo y cobarde,
Bajo el palio sereno de la tarde
Brillaron tus pupilas de felina;

Y cediendo á tu halago, febrilmente
Un beso, como rosa purpurina,
Se grabó en el armiño de tu frente.





XXII

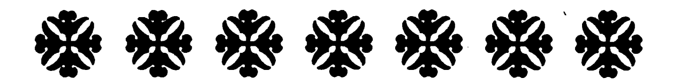
APASIONADAMENTE

Musa de los idilios románticos; sonrisa
De eróticas edades que en alas de la brisa
Traéis un ritmo seductor;
Arpegios musicales que bajo la serena
Inmensidad nocturna decís la cantilena
De enamorado trovador;
Perfume de las rosas antiguas que, galanas,
Abrían sus corolas de seda en las ventanas
De alguna bella y casta hurí;
Crepúsculos fragantes que hacíais del Ocaso,
Á la hora de los dulces coloquios, terso raso
Prendido de oro y de rubí;
Selene melancólica que sobre los rumores

De los furtivos besos llovías los fulgores
De tu mirada celestial;
Alondra fugitiva que en los pausados giros
De Céfiro, rimabas tus quejas y suspiros
Como una flauta de cristal.
Venid á mí en las ondas de los recuerdos santos
De la piadosa infancia, de los primeros llantos,
De la primera adoración;
De la ilusión primera que se abre como un lirio
En el jardín del Sueño y del primer delirio
Que estremeció mi corazón.
Yo quiero amor, perfume, luz alba, casto sueño,
Y rosas y claveles de pétalo sedeño
Para poderlos ofrecer
Á la que ha sido como la maga misteriosa
Que ha impreso en mi alma herida la huella luminosa
De un esplendente amanecer.
Tú no eres de hoy, señora, tú no eres el presente,
Pues tu alma, blanco abismo de dicha, forma el puente
De lo pasado al porvenir:
Tú eres amor antiguo, colmado de ternuras,
Tú eres amor futuro, colmado de venturas,
Lo que existió y ha de existir.
¡Oh! tú no eres la amarga neurosis que consume,
No eres la flor exótica y triunfal cuyo perfume
Produce un vértigo febril;
Eres la vieja novia de los cabellos de oro,

La novia que se espera cual mágico tesoro
Con los renuevos del abril.
Así te siento en mi alma venciendo mi tristeza,
Así en mis hombros siento rendirse tu cabeza,
Así te quiero : siempre fiel,
Mirando los luceros temblar en tu pupila,
Brindando gloria y dicha tu boca que destila,
Como un nectario, dulce miel.
Todo en mi ser es tuyo : todo en mi ser palpita
Con fe, con esperanza, con la pasión bendita
Que entre tus ojos encontré;
Y ya que eres el puente que liga lo pasado
Al porvenir, te ofrezco con mi ideal soñado,
Mis esperanzas y mi fe.





XXIII

Virgen que tiemblas bajo la oscura toca de seda,
Si no sentiste nunca caricias suaves, carnales,
Y has escondido tus doncelleces de humana Leda
Á los Efebos que te dijeran sus madrigales.

Tú, la que tienes sueños tan blancos como la estrella,
Que cuando rezas vuelves al cielo tus dulces ojos ;
Tú, que ofreciste, sin mancha, el alma de la doncella
Al Cristo humilde de tu convento, puesta de hinojos.

¿ Por qué suspiras, por qué te quejas si no hay pesares
Que como dardos hieran tu pecho de alba paloma,
Si eres hermana de los querubes de tus altares
Y sólo aspiras humo de incienso, lleno de aroma ?

¿ Qué duelo gasta las morbideces de tu escultura ?
¿ Qué hálito ardiente, que descolora, quema tus labios

Si has escuchado tan sólo frases de leal ternura
Y eres tan joven que no conoces aún los agravios?

Pobre cautiva de tus virtudes, hay una pena
Que en tu alma anida, que te devora, que te consume,
Estás marchita como en invierno casta azucena
Y de tu seno se ha evaporado todo el perfume.

¡Oh! no recuerdes de aquel Efebo los madrigales;
El mal de amores no halla en el mundo ningún consuelo.
¡Oh! no recuerdes esas caricias suaves, carnales
Y deja á tu alma que, ave de armiño, se eleve al cielo.





XXIV

Á Domingo Hurtado Aubry.

Para tí, cuyo espíritu vibra
Al contacto de todo lo bueno,
Al contacto de todo lo noble,
Al contacto de todo lo bello;
Para tí que conoces la cumbre
Donde entreabre sus nítidos pétalos
Á la luz de una pálida aurora
El nevado florón del afecto;
Y que guardas en píxide aurina
El perfume inmortal del recuerdo;
Y que en tu alma de artista conservas
Esperanzas y luchas y anhelos
Y una santa piedad para todos
Los que sufren dolores sinceros
Y un impulso viril para cada

Ideal que se ensaya en el vuelo;
Para tí que á falacia y miseria
Les devuelves perdón y desprecio
Y que sabes « beber en tu vaso »
Aunque el « vaso resulte pequeño »,
Como dijo el poeta que tuvo
Los más dulces y líricos sueños.
Para tí que has prendido ilusiones
Rutilantes cual vivos luceros
En las nubes de todas mis ansias
Y en las sombras de todos mis duelos,
Hoy arranco estas notas dispersas,
Que latentes guardaba mi plectro,
Y las mando cantar á tu nido
Con el rítmico son de los versos.
Que te lleven las tres vibraciones
Culminantes del arte moderno;
Las que viven en todas las almas
Y palpitan en todos los pechos
Y condensan la humana existencia:
El amor, el dolor y el recuerdo,
Como símbolo fiel del cariño
Que nos une con lazos eternos.



XXV

BEBÉ

Botón frágil de rosa,
Frágil urna de nácar,
Con una leve capelina de oro
Sobre tu frente blanca.
Eres entre el armiño de la cuna
Un capullo de escarcha,
Una tierna avecilla que se duerme
Sobre plumas nevadas.
Sueña sueños azules;
Bate nítidas alas,
Y llena con tus trémulas sonrisas
De perfume la estancia.
Sobre tus sienes pone
La claridad del Alba
Una diadema de fosforescentes

Estrellas pálidas.
Y yo tejo un collar de dulces besos
Á tu garganta.

*
* *

¡Ah! no quiero pensar que eres la cárcel
Misteriosa de un alma
Que ha de tener más tarde sus anhelos,
Su lucha, su esperanza,
Y que verá en la cruz del infortunio
Su ilusión enclavada,
Sintiendo las espinas que torturan
Y las hieles que amargan.
¡Frágil botón de rosa,
Urna frágil de nácar,
Quisiera detener sobre tus sienes
La claridad del Alba;
Quisiera detener sobre tu espíritu
La inocencia inviolada!
Que no avancen las horas;
Que no llegue el temido « mañana »
Y que el único acíbar que pruebes
Sea el de mis lágrimas,
Al besar tu diadema fosforescente
De estrellas pálidas,

Cuando en las silenciosas soledades
De la estancia
Tejo un collar de besos
Á tu garganta.





XXVI

Á Manuel Lavalle Covián (crítico)

Dulce y perenne hermano de todos los anhelos
Que buscan en el raso sin mancha de los cielos
Del Arte, luz del Ideal;
Buen monje anacoreta que guardas el tesoro
De los artistas líricos para extraer el oro
Con un empeño fraternal.

Dilecto y culto amante de la gentil Belleza
En cuyo altar oficia la pálida tristeza
De tu emotiva Juventud;
Tú absuelves ó condenas desde el confesonario
De tu recinto hermético, que tornas en santuario,
Á la Maldad y á la Virtud.

Tú sabes lo que lloran los tristes, lo que ríen
Los que en las áureas copas del festival deslíen

Sus frescas rosas de carmín;
Y en las mañanas rubias, con tu pasión á sólas,
Aspiras los perfumes de múltiples corolas
En cada eglógico jardín.

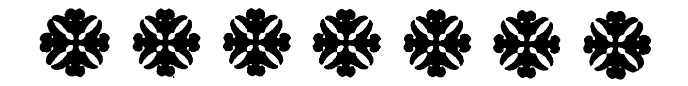
Á tí te han dado todas las almas sensitivas
Sus místicos ensueños; las frentes pensativas
Su intensa y honda vibración;
Las ninfas sus querellas nocturnas y las pomas
Sus límpidos almíbares; su arrullo las palomas,
Las claras fuentes su canción.

Dichoso tú que entiendes nuestro dolor arcano
Y puedes con la vara mágica de tu mano
Hallar la veta y el raudal;
Que del molusco extraes perlas apetecidas,
Y del revuelto fondo del mar las escondidas
Y rojas sartas de coral.

Dichoso tú que libre de penas y fatigas
Dialogas con las almas selectas, y que abrigas
Una virtud sin oropel;
Que alientas odios íntimos, beatíficos amores
Y dices anatemas y elogios sin temores
Á las esponjas de la hiel.

Un heliotropo insigne y un blanco y prócer lirio
Y junto al Tabernáculo del Arte erecto cirio
Forman tu escudo, tu blasón;
Pues frente á las alburas del nítido alabastro,
Frente á las almas buenas y al resplandor del astro
Elevas siempre tu oración.





XXVII

> ... La llanura estaba desierta;
> nosotros estábamos solos, pensativos y teníamos quince años.
>
> MUSSET.

Las pálidas nieblas, María, que bajan al valle,
Las pálidas nieblas que vienen de la alta montaña,
Son tristezas muy hondas, muy frías, tristezas de Invierno
Que vienen buscando las muertas fragancias,
Las que huyeron de todos los cálices mustios
De los amarantos y de las acacias.
Declina la tarde : el sol ha borrado
Sus múltiples oros, sus ópalos vivos y sus escarlatas
Sangrientos, y entona la sombra nocturna
Una melancólica y triste balada.
Escucha : la queja que vibra en el aire
Tiene entonaciones pastoriles, lánguidas;
Es la misma queja que oyeron antaño

Los tiernos pastores de la vieja Arcadia;
La idílica queja que el Pan mitológico
Preludió en su flauta
Y que reprodujo más tarde Virgilio
Bajo el hondo palio del cielo de Italia!
El rebaño blanco, de impoluto armiño,
Silencioso y grave cruza la cañada,
Batilo suspira y Berta, la hermosa
Pastora gallarda,
Reclina en el hombro del amado imberbe
La gentil cabeza de oro diademada.
Déjalos que pasen, ¡oh, núbil María!
Y bajo las ramas
De ese terebinto rumoroso y frágil
Juntos escuchemos la triste balada
Que entona la sombra
Llenando el espacio,
La idílica queja que vibró en la Arcadia
Y que reprodujo más tarde Virgilio
Bajo el hondo palio del cielo de Italia.
¿No es verdad que la agónica tarde
Es una plegaria?
Pues oremos. Amor es el Sumo Pontífice
Y son fieles devotas las jóvenes almas.





XXVIII

Bajo el marfil pulido y transparente
Que forma el ala blanca de tu frente,
Duerme tu pensamiento delincuente

Como una flor purpúrea que provoca,
Guarda la abierta herida de tu boca
El cascabel de tu palabra loca.

Y sólo tus miradas intranquilas,
Por el cristal azul de tus pupilas
Se asoman como pálidas sibilas

Y como sin querer, como al acaso,
Ven arder en la pira del Ocaso
Las regias pompas del celeste raso.

Y de tu mano, trémula y nevada,
Cae una margarita deshojada,
Una tierna ilusión asesinada.

Quedas inmóvil : tu semblante serio
Se envuelve en la penumbra del misterio
Y en tu « alma vibra un lírico salterio. »

Y por primera vez, en tu mejilla,
Que parece una rosa de Castilla,
La gota acerba de tu llanto brilla.

Tu carne siente toda la tristura
De la vida; la indómita amargura
De los goces que llegan á la hartura

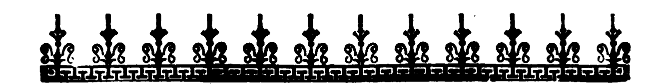
Y hay un remordimiento y una pena
Que tu espíritu débil envenena.....
¡Y piensas en ser dulce y en ser buena!

Y triunfa el ideal y te reviste
Con fulgor de ilusión, mientras resiste
El beso tentador tu « carne triste. »

Y duerme el pensamiento delincuente
Bajo el marfil pulido y transparente
Que forma el ala blanca de tu frente.

Mientras tus ojos ven como al acaso
Caer entre la pira del Ocaso
Las regias pompas del celeste raso.





XXIX

DIALOGO ETERNO

Á Florinda Batista, intelectual

EL POETA AL ASTRO

Lloverás « in æternum » las alburas
De tu luz espectral sobre la tierra,
Y bajo su fulgor diré mis cantos
Y bajo su fulgor diré mis penas.
Mil veces en las lilas de la Aurora
Diluirás tu casta refulgencia
Y mil veces darás tu beso blanco
Á la luna, en el ámbar de sus crenchas,
Y yo ante tu fulgor diré mis versos
Y yo ante tu fulgor diré mis penas!
Mil veces en la noche, en la silente
Paz de sepulcro de la noche yerta,

Oirás el soliloquio de la alondra
Y el « scherzo » virginal de filomela.
Y cuando los espíritus del mundo
Entre la sombra de la noche duerman;
Y cuando el alma de las cosas quede
Tranquila entre las lívidas tinieblas,
Yo solo velaré.... y errante y triste
Levantaré la faz á las estrellas
Buscando los destellos de la ausente
(Amada? Gloria? Fe?) que nunca llega,
Y á tu eterno mutismo, á tu misterio
Con franca voz preguntaré por « ella »,
Y bajo tu fulgor diré mis cantos
Y bajo tu fulgor diré mis penas!

*
* *

EL ASTRO AL POETA

Y yo, « in æternum », lloveré mis nieves
Luminosas sobre la pobre tierra
Y de la Aurora entre las suaves lilas
Ocultaré mi casta refulgencia.
Y besaré á la Luna sobre el ámbar
— Escala misteriosa — de sus crenchas,

Escucharé los trinos de la alondra
Y el « lay » sentimental de filomela.
Y cuando el genio de la noche llegue
Y sobre el alma de las cosas prenda
Su manto de crespón, como un sudario,
Un sudario de lívidas tinieblas,
Yo, gratamente, acogeré tus versos,
Yo, gratamente, acogeré tus penas,
Y te diré si buscas á la ausente
(Amada, Gloria, Fe) que nunca llega :
Hay pupilas que buscan tus pupilas,
Hay páginas que piden tu faena,
Hay Cristos que demandan tus plegarias,
¿ Por qué me acusas sin razón ? ¡ Espera !

*
* *

EL POETA DUDA

Toda pupila guarda en sus abismos
Un sueño, una traición, una quimera ;
Toda página lleva en sus entrañas
Un dolor, un esfuerzo, una impotencia ;
Y todo Cristo envuelve entre sus mitos
Un misterio, una sombra, una tiniebla.

La Duda es más verídica, la Duda
Se llama, á veces, Esperanza, Ciencia.....

*
* *

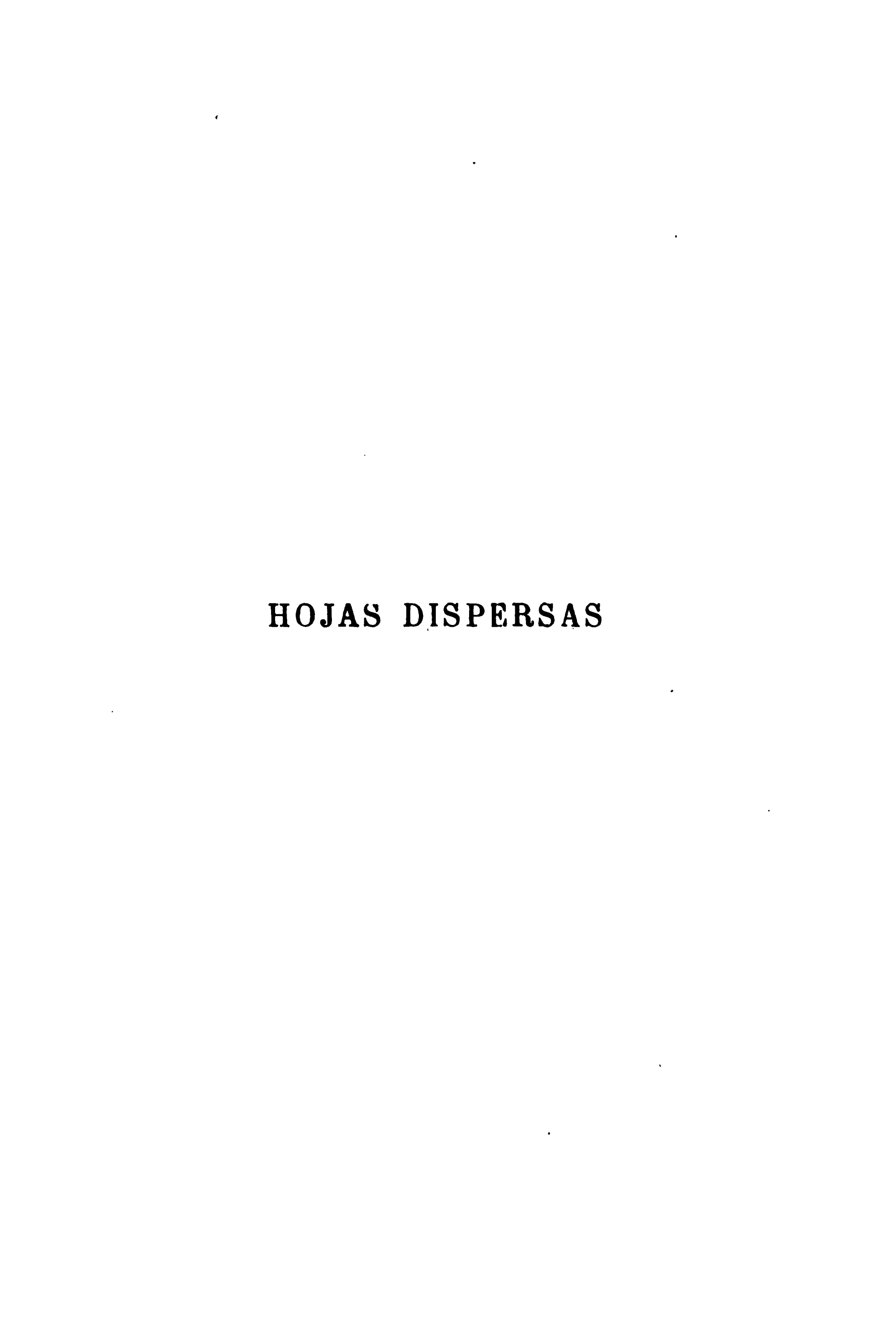
EL ASTRO AFIRMA

Cuando la sombra duerme, es que germina
En su seno la luz de alguna estrella;
Cuando la sombra duerme, es que fecunda
Su seno el germen de radiosa idea;
Cuando la sombra duerme, es que elabora
En su seno el Gran Ser una fe nueva.

*
* *

EL POETA CONCLUYE

Mientes, astro, yo solo sé que sufro,
Lo cierto es el Dolor, y mientras lluevas
Impasible las pálidas alburas
De tu luz espectral sobre la tierra,
¡Yo bajo su fulgor diré mis cantos
Y bajo su fulgor diré mis penas!



HOJAS DISPERSAS



XXX

JOSÉ GÓMEZ B.

(† 25 de Junio de 1900)

Era un adolescente sereno y esforzado;
Alimentó en su alma de joven soñador
La llama, siempre viva, del ideal sagrado,
La llama, siempre viva, del infinito amor.

En el bajel del Sueño, bogando hacia el dorado
País de la Quimera, le sorprendió el dolor,
Y entre las negras ondas del piélago encrespado
Hundióse bruscamente su juventud en flor.

Lloremos por su ausencia, por sus marchitas galas,
Por el abatimiento supremo de sus alas
Que no alcanzaron nunca la mágica Stambul,

Y recordemos siempre que este vencido pudo,
Como campeón antiguo, caer sobre su escudo
Con las miradas fijas en el eterno azul!





XXXI

AÑO NUEVO

Á Salvador Beltrán.

Un año más. Á la silente tumba
Que se ha abierto en el fondo de mi alma
Llegaron otra vez los desengaños
Á ocultar otras muertas esperanzas.
¡ Pobres idas ! el cierzo del olvido
Las cubre con su lívida mortaja
Y el recuerdo deshoja tristemente
El último bouquet de flores albas.
Allí están las caricias inefables,
Las frases tiernas, las promesas castas,
Las áureas ilusiones que murieron
Cuando apenas la mente las soñara.
Allí están los ideales de poeta
Que no llegaron á batir sus alas,
Esas aves de amor que no pudieron
Bañarse en el fulgor de la alborada.
Arrullos que jamás se desgranaron

Por no ajustarse á la cadencia ingrata,
Notas del corazón que no supieron
Si eran eco de risas ó de lágrimas.
Ideas que no hallaron una forma
Para lucir sus impolutas galas,
Esencias mil que evaporó el insomnio
Sin un cáliz de amor para encerrarlas.
Ternuras que venían de muy lejos
Como el eco de cosas olvidadas,
Y besos que no queman nuestros labios
Como los besos de las madres santas.
¡ Oh recuerdo de novias imposibles !
Á través de tus formas sonrosadas
Busqué la irradiación de las virtudes
Y la caricia eterna de las almas.
Yo sé que hay en el cielo de la vida
Estrellas de una luz inmaculada,
Que en la sombra fatal de los dolores
Son el claro fulgor de la esperanza.
Pero la estrella que alumbró mi dicha
En la penumbra del dolor se apaga,
Y en medio de la sombra del camino
Las ruinas del pasado se levantan.
Son los muertos de ayer ; los desengaños
Los dejan en la tumba de mi alma,
Y el recuerdo deshoja tristemente
El último bouquet de flores albas.



XXXII

MOTIVO MELÓDICO

Lo encontré sollozando en la orquesta : salía
De la garganta de ébano de las flautas, y luego
Estremecía las fibras de la viola en un ruego
De angustia suplicante; después se adormecía

En el cordaje del violoncello, y parecía
Que un impulso siniestro, un hálito de fuego
Lo arrojaba á las fauces de los cobres, y ciego
Y torpe en el escándalo de un « forte » se perdía !

Era como el quejido de un alma, cuya ignota
Ensoñación vibrara en una sola nota
Plena de melancólica ternura y de tristeza;

¡Puccini hubiera dado por él el halagüeño
Cariño de la Gloria, para rimar el sueño
De Mimí, la divina reina de la pobreza... !



XXXIII

RONDEL GRIS

¡ Oh novilunio, triste y sombrío !
Tus palideces crepusculares
Iluminaron el duelo mío,
Cuando mi ensueño murió de frío
Bajo la nieve de los pesares.

Se han deshojado muchos azahares
Sobre la tumba del amor mío ;
Y sólo alumbran estos lugares
Las palideces crepusculares
Del novilunio, triste y sombrío.

Auras tranquilas, auras de Estío,
Pasad rimando nuevos cantares

Por este valle triste y sombrío,
Que el pobre ensueño murió de frío
Bajo la nieve de los pesares.

Ave que habitas estos lugares,
Flor que perfumas el bosque umbrío,
Duerman los iris y los cantares
Bajo las tintas crepusculares
Del novilunio, triste y sombrío.





XXXIV

Para Juan H. Brito.

Sobre los rizos blondos
De tu cabello undívago
¡Oh madonetta rafaelina!
Temblaban suavemente
Los pétalos de un lirio,
Una mañana plácida y aurina.

Bajabas de la sierra
Vestida de albo lino,
Un poco pálida y medrosa;
¿Por qué medrosa y pálida
Bajabas al camino
Estando la mañana tan hermosa?

Conozco tu secreto;
Conozco ese divino
Momento de éxtasis radiante

Que ha puesto en tus mejillas
La palidez del lirio
Y el temor en tu pecho palpitante.

¡Oh, los besos eróticos!
¡Oh, los hondos suspiros
Del corazón enamorado!
¡Oh, las dulces caricias
De los coloquios íntimos
Que se prodigan al objeto amado!

Allá sobre la sierra,
Bajo el frondoso pino
Está el amante de ojos bellos;
Aun en sus manos tiene
Los flácidos pistilos
De la flor deshojada en tus cabellos.

Era la nota pálida
En ese verde umbrío,
Como eras tú, blanca y ligera,
Un toque de alabastro
Entre el fulgor aurino
Que bañaba en sus ondas la pradera.





XXXV

LEO Á HEINE

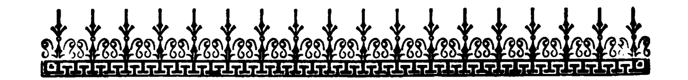
Á Alberto Leduc.

Obscurece : lentamente las cortinas
De la lluvia, como lívido sudario
Se despliegan, y se apaga el lampadario
De la tarde, entre las sombras vespertinas.

Mi balcón está cerrado : diamantinas
Gotas pringan el cristal, como rosario
De albas perlas, que algún monje solitario
Desgranara entre las pálidas neblinas.

Cierro el libro : de sus páginas las brumas
Se desprenden cual las nítidas espumas
De ese Rhin, triste y brumoso, que el poeta

Hizo más brumoso y triste con sus cantos...
Y se mecen sueños, quejas, besos, llantos,
En las ondas de un crepúsculo violeta...



XXXVI

Á Lorenzo Rosado.

I

Prende una mística luz
Perpetua en cada Santuario
Y sobre cada Calvario
Clava una perpetua cruz.

Pon un perpetuo capuz
De mirra en cada incensario
Y al borde de cada osario
Planta un perpetuo saúz.

Una bandera levanta
En cada combate; canta
El triunfo del ideal

Y sobre el odioso pecho
Del Mal, clava, satisfecho,
Tu verso como un puñal.

II

En cada pupila azul
Pon un velo de tristeza
Y nimba cada cabeza
Con un argentado tul.

Da una mágica Stambul
Al ensueño; fortaleza
Al corazón y nobleza
Á cada Quimera azul.

Sueña, en la pálida tarde,
Cuando el Occidente arde
Como un enorme crisol,

Y sobre el ruin y el perverso
Clava, iracundo, tu verso
Como una flecha de Sol.



XXXVII

PRIMAVERAL

Ella salió al jardín : hubo un murmullo
de adoración... las flores sonrieron
y en cada estambre ó pétalo ó capullo
vibró una dulce voz. Y diluyeron
Su perfume sutil en el ambiente
aromando su espíritu... y Ella,
bañada en el recuerdo del ausente,
miró la luz de la primera estrella.
La violeta : te quiere y no te asombre
esa fidelidad; son duraderas
susvirtudes ; diciéndome tu nombre,
á mí viene, pensando en tus ojeras.
El clavel : no te olvida y mal hiciste
si alguna vez pensaste en sus agravios,
que aquí me viene á ver, pálido y triste,
y besándome á mí, besa tus labios.
El lirio : te idolatra y es constante

y sufre, como todos los humanos;
mas cuando viene aquí, tierno y amante
me acaricia soñando con tus manos.
La pervinca : te adora con delirio;
y en las tardes serenas y tranquilas,
viene á calmar su pena y su martirio
besando en mi corola tus pupilas.
La azucena : lo he visto con tristura
en medio del silencio y de la calma
de la tarde, acercarse y con locura
sorber en mi perfume toda tu alma.
Y el clavel, la pervinca y la violeta
y el lirio y la azucena, dulcemente
sonrieron en la tarde azul y quieta,
llenando de perfumes el ambiente.
Y Ella dijo : ¿es verdad? Y entonces á una
las flores contestaron : no es mentira...
Y Ella sintió en su alma la oportuna
vibración del acorde de una lira.
Y ante la luz de la primera estrella
y saturada de inefable aroma,
se fué soñando la gentil doncella
el sueño de una mística paloma.





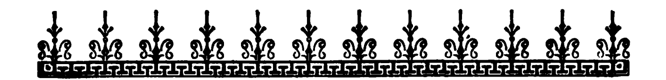
XXXVIII

TÍMIDA

En la palidez astral
De tu rostro delicado
Se agrava el surco morado
De tus ojeras. Trivial
Cruza el dulce madrigal
El ambiente perfumado,
Encima de tu peinado,
Como un pájaro ideal.
El galán mudo se queda;
Y sobre la fina seda
De tu cuello encantador
Y tu mejilla olorosa,
Se enciende la viva rosa
Del más ingenuo pudor.

Luego el sonoro violín
De Hungría dice sus quejas
Mientras pasan las parejas
Prendidas de albo satín.
En la penumbra, el jardín
Abre sus doradas rejas
Y tú una estatua semejas
Hecha de nieve y carmín.
¿Por qué la vacilación
Que aturde tu corazón
Te hace fingir un reproche
Si anhelando está tu alma
Rendirse bajo la calma
Apacible de la noche?





XXXIX

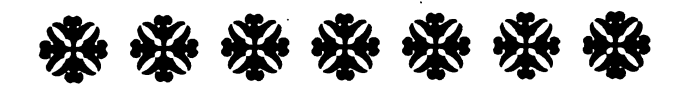
Á JESÚS

Á ti que mansamente diluíste
Tu evangélica fe consoladora
Sobre el dolor humano, y en la Aurora
De la triunfante redención moriste.

Á ti, Jesús, que compasivo abriste
Tus brazos como una ancla salvadora,
Y en tu mirada, dulce y soñadora,
Todos los infortunios envolviste.

Á ti vamos los tristes, los sedientos
De justicia y amor, con los tormentos
De un gran pesar, oculto y solitario;

Que no se extingue la esperanza inquieta
Mientras guarde tu pálida silueta
La desolada cumbre del Calvario.



XL

¡ OH VIEJO SUSPIRO !

Entre las páginas de un manuscrito
Que algún bibliófilo, sabio erudito
De gusto arcaico, guardado había,
En claras letras estaba escrito
Con la ternura de un infinito
Suspiro de honda melancolía.

¿ Qué raro artífice de un bello antaño
Bajo la angustia de un desengaño
Lloró esa trova de alba hermosura ?
¿ Fué algún filósofo, fué un monje huraño,
Fué algún guerrero, fué algún extraño
Vate de luenga melena obscura ?

No tiene el dejo de Juan de Mena,
Jorge Manrique no halló más buena
Factura dúctil á sus canciones,

Ni Garcilaso la tan serena
Polifonía que en esta " pena "
Endulza y baña los corazones.

Cantor idílico, quienquier que fuiste,
Trovero errático, poeta triste,
En un estuche de filigrana
Tiernos conceptos guardar supiste
Y á esa flor lírica de tu alma diste
Todo el aljófar de la mañana.

Mano piadosa guardó el joyero
Y entre las pálidas brumas de Enero
Abrí la píxide y hallé el encanto;
Y pongo, lleno de amor sincero,
Mi dolor sobre tu dolor fiero,
Mi llanto sobre tu acerbo llanto.

Quien así canta, quien así llora,
Quien una pena tal atesora
Y labra un verso de ritmo tal,
No tiene patria, ni tiene ahora
Ni ayer ni nunca y es luz de Aurora
Perpetua para todo ideal.



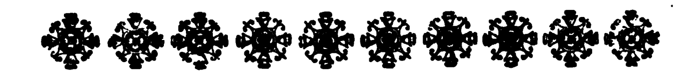


XLI

Á ESPAÑA

Eres la hembra gentil: brillan tus ojos
como tu claro sol; en tu mejilla
enciéndense las rosas de Sevilla
y sus claveles en tus labios rojos.
Las mismas flores miran con sonrojos
de tu cuerpo la regia maravilla,
y al fleco de tu clásica mantilla
se prenden los impúdicos antojos.
Tu glorioso abolengo dejó impresa
en tu ser esa huella de grandeza
que al mito del Honor todo lo inmola;
y el triunfo obtengas ó el revés te azote,
marchas, como tu abuelo Don Quijote,
siempre admirada, ¡pero siempre sola!





XLII

LA ANCIANA

Marcha por las calles con sucios harapos
Mal cubierto el cuerpo; la cabeza blanca
Envuelta en jirones de trapos inmundos
La pálida anciana.
¡ Qué dolor tan intenso
Se refleja en su lívida cara !
Como rictus de angustias eternas
Sus arrugas simulan la trágica
Contracción de una máscara horrible;
De una tétrica máscara.
Y allá va, con fatiga, con pena,
Toda trémula, toda encorvada
Por el peso de tantos dolores,
Por el peso de tantas desgracias,
Silenciosa y humilde
La pálida anciana.

¡ Cuántas veces, al verla, he pensado
Que en esas entrañas
Pudo haber florecido una vida
Útil á la patria !
Un soldado marcial, un filósofo,
Un artista, un obrero, una blanca
Virgen, en el templo
De su hogar adorada.
Si existieran dos útiles brazos
En la brega diaria
Luchando con brío : si hubiera una hembra
Sobre sus labores siempre doblegada,
No cruzara las calles
La decrépita inválida
Enseñando entre inmundos jirones
Sus excelsas canas.
Pero ¡ oh, Dios ! si esa vieja está sola
Y desamparada,
Digo yo, ¿ será un hecho
Que existe en la tierra la piedad humana ?





XLIII

Á E.....

Me gustas porque eres triste;
Me gustas porque eres pálida;
Me gustas por las ojeras
Que circundan tus miradas
Y por el divino arrullo
De tu palabra!

Me gustas porque eres buena;
Me gustas porque eres casta;
Me gustas por la infinita
Ternura que hay en tu alma
Y por tu virtud albeante
É inmaculada!

*
* *

Adoro todo lo triste;
Adoro todo lo pálido,

Como las crecientes sombras
De los marinos ocasos;
Como la luz cintilante
De los noctívagos astros
Y el fulgor languidescente
De los topacios.

Adoro todo lo bueno;
Adoro todo lo casto,
Como el beso de las madres,
La ternura de los santos,
La caricia de las novias,
El dolor de los esclavos
Y la plegaria que sube
Por el espacio.

*
* *

¡Oh! para tí las coronas
De violeta y amarantos;
Para tí todos mis versos,
Para tí todos mis salmos,
Que porque eres triste y buena
Y pálida, yo te amo!





XLIV

LAUROS

Á Eduardo Méndez.

Anhelo el triunfo por sentir mi frente
Con el laurel de la victoria ornada,
Y contemplar mi estrofa levantada
Como bandera en el combate ardiente.

Yo quiero el verso enérgico y valiente,
El que vibra con voz apasionada,
Y no la cantilena enamorada,
De triste arrullo y de expresión doliente.

El idilio que canta los amores.
Apaga el heroísmo y los clamores

De ese canto son tímidos rondeles
Que consumen la sangre del poeta.
¡ No valen cien coronas de violeta
Una sola corona de laureles !





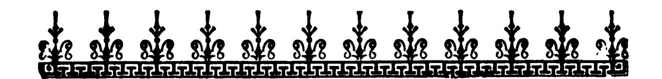
XLV

CREPUSCULAR

El Sol, como inmensa pupila de un cíclope
Llameante de cóleras épicas, lanzaba
Sangrientas saetas de púrpura y oro ;
Y cárdenas nubes tranquilas flotaban
Cual restos de escudos, de rotos penachos,
De yelmos perdidos en una batalla.
Era ese momento de espasmos supremos
En el que la tierra sedienta, con ansia
De locos amores, se entrega á las hondas
Caricias de todas las sombras; cantaban
Un epitalamio monstruoso los mares
Y sobre los montes, Selene, la pálida
Reina de las noches serenas, subía
Como anémica virgen, con una mirada
De dulce tristeza, para aquel connubio
De la tarde agónica, con la noche trágica.

Y dijo el poeta :
¡ Oh tú, de los besos lejanos y muertos
Relicario augusto, urna milenaria !
¡ Oh tú de los goces viejos y marchitos
Guardadora insigne ! lleva tu mortaja
De luz melancólica, como alba aureola
Á todas las frentes, á todos los labios, á todas las almas
Para que haya en medio de los tristes éxtasis,
De los tristes besos, las tristes miradas,
Un rayo perenne de luz misteriosa
Que esplenda en el iris de todas las lágrimas.





XLVI

Á UN CISNE

Cuanto de poesía y de misterio,
De suavidad y languidez existe
En tu noble actitud, tu aspecto serio
Y tu vagar acompasado y triste
Han cantado la lira ó el salterio.

Has sido nota blanca en la harmonía
De las combinaciones orquestrales ;
Has sido nota blanca en la Poesía,
Nota blanca en la real policromía
De todos los pinceles magistrales.

Has sido y eres término risueño
De los castos anhelos juveniles;
Lírica realidad de todo ensueño,

Morador del país más halagüeño :
De eterno amor y pródigos abriles.

Tu pluma diviniza la blancura ;
Tus alas simbolizan el anhelo
Y tus ojos lirizan la ternura,
Y hay en tu castidad y tu hermosura
La dulce y vaga concepción del cielo.

¡ Oh pájaro de amor ! pájaro artístico
Á quien Wagner cantó con su voz rara,
Á quien dijo Rubén su verso místico,
Eres un sueño púdico, eucarístico,
Perpetuado en un mármol de Carrara.

Te adoro con ternuras infinitas,
Te adoro con amores virginales,
Y mi alma tiene misteriosas citas
Contigo, en un jardín de margaritas
Y rosas y claveles inmortales !





XLVII

LA GUITARRA

Á Nicolás Baridó.

Reina en la fiesta popular; señora
En los salones en que el lujo impera;
Del trovador errante compañera,
De las penas de amor consoladora.

Eres toda pasión: tu alma sonora,
Según la mano que tus cuerdas hiera,
Ya canta la alegría pasajera
Como la honda pesadumbre llora.

Reflejo de una raza legendaria
Que flota como negra procelaria
Por los inmensos mares de la Historia,

En tu seno están todos sus amores,
Toda su eternidad hecha dolores
Y todos sus dolores hechos gloria.



XLVIII

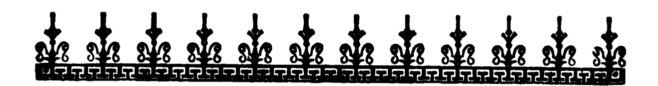
SANTO

Ante un Cristo de rostro macilento
y á los pálidos rayos de la Aurora,
el joven monje fervoroso implora
un alivio á su rudo sufrimiento.

No puede desligarse del tormento
de la ardiente pasión que le devora,
y comienza á sentir abrumadora
la soledad eterna del convento.

Á pesar de suplicios y de penas,
la sangre juvenil arde en sus venas,
y siente la profunda nostalgía
de los pasados goces mundanales
más crüel que los rígidos puñales
que atraviesan el pecho de María.

DEL EXTERIOR



XLIX

LA FERIA DE SAN ROMÁN

En la mañana.

También el sol está de fiesta ; brilla
En el lienzo triunfal de las banderas
Ó dibuja corolas pasajeras
Sobre el raso ducal de una sombrilla.
Pone un rojo clavel en la mejilla
De una hermosa barriana y con ligeras
Pinceladas esmalta las palmeras
Como una luminosa maravilla.
En los rebozos de flamante seda
El iris preso y tembloroso queda
Formando nimbo á las cabezas blondas;
Y entre polvo de oro se sacude
La muchedumbre que á la iglesia acude
Igual á un mar de iridiscentes ondas.

En el mediodía.

La multitud invade los jacales
Bajo un cálido soplo; la alegría
Congestiona los rostros y la orgía
Hace estallar los frágiles cristales.
Y cayendo los rayos tropicales
Del claro y caluroso mediodía
Sobre aquella rabiosa algarabía
Como en las neronianas bacanales,
Prenden sobre las testas descubiertas,
Sobre las bocas lúbricas y abiertas
Y sobre las peinetas deslumbrantes
De las hijas del pueblo, temblorosas
Flores de gualda y de carmín, cual rosas
Empapadas en múltiples cambiantes.

En la tarde.

En la plaza polífonos clarines
Subrayan la armonía de la orquesta
Y un enjambre de párvulos se apresta
Á invadir los prolíficos jardines.
Corren y brincan; como sueltas crines
Flotan sus cabelleras; la floresta

Un doble encanto á la mirada presta
Dándoles una alfombra de jazmines.
El templo, entre la gloria de la tarde,
Haciendo de su imperio vano alarde
Templa el bronce triunfal de sus esquilas,
Y el Cristo de simbólicos martirios
Recoge los fulgores de los cirios
En sus tristes é inmóviles pupilas.

En la noche.

Bajo el palio sereno de la noche
Estallan los cohetes, y una aurora
Efímera simula de su flora
Luminosa el mirífico derroche.
Las gentes llegan en tropel : de un coche,
Y en medio de una corte aduladora,
Baja alguna beldad encantadora
Con gestos de altivez y de reproche.
Es la hora del amor : la plaza, llena,
Con mil ruidos insólitos resuena
En una densa atmósfera de aromas;
Y entre risas y rostros halagüeños
Del alma del poeta los ensueños
Vuelan como eucarísticas palomas.



L

TARDES MARINAS

Al Dr. Joaquín Carvajal E.

EN LERMA

LAS PALMERAS

Á la orilla del mar, como arrogantes
Vírgenes de ondulosas cabelleras,
Abren sus abanicos las palmeras
Al soplo de los céfiros errantes.
El clamor de las olas murmurantes
Se columpia en sus hojas plañideras
Que ellas son de las pálidas riberas
Las amadas más tristes y constantes.
Cantan con taciturno ritornelo
Sus canciones de lágrimas y duelo
Como impregnadas de tristezas hondas;
Y el astro moribundo que se aleja

Antes de hundirse entre las aguas, deja
Un beso de oro en sus guedejas blondas!

LAS GAVIOTAS

Luciendo su plumaje diamantino,
Por el fulgor crepuscular bañadas,
Van las raudas gaviotas desbandadas
Bajo el palio del cielo vespertino.
Sobre sus alas de impoluto lino
Iris pone sus rojas pinceladas
Y pasan, cual flamígeras espadas,
Sobre la copa del frondoso pino.
Se internan en el mar, y lentamente,
Envueltas en el oro refulgente
De la tarde, se elevan hasta el cielo
Y parecen, flotando en el espacio,
Virginales ensueños de topacio
Sobre un trágico y hondo desconsuelo!

LAS OLAS

Con su eterna salmodia van las olas,
Con su salmodia eterna de quebranto
Á deshacerse en espumoso llanto
En la extensión de las riberas solas.
Como quejido de invisibles violas

Suena su triste, su perenne canto,
Mientras la espuma desbarata el manto
En que envuelve sus nítidas corolas.
Las frágiles corolas que se quejan
Entre las agrias rocas, donde dejan
Sus pétalos de múltiples satines
Como si entre sus huecos los guardaran
Ó cual si mil tritones desflecaran
En los picachos sus revueltas crines!

EL MONTE

Llega la sombra taciturna y vaga
Como un sueño de paz y de ventura,
Y el vesperal efluvio que perdura
Sobre los montes, silenciosa apaga.
La sombra es invasora : es una maga
De ojos negros y lívida figura
Que al monte, á la ribera, á la llanura
En un espasmo formidable embriaga.
El pino duerme, la palmera sueña,
Como un hilo de oro se diseña
El último arrebol entre las nubes;
Y en el lejano y lóbrego horizonte,
Sobre la cima tétrica del monte
Hay un vuelo de plácidos querubes!

ENVÍO

¡Oh pálida gentil, llegó la hora
De la infinita paz y del misterio!
En mi alma vibra un lírico salterio
Que canta tu tristeza embriagadora.
¡Oh pálida gentil! ¡Oh soñadora!
Hay en el desolado cementerio
De mi amor, un saúz doliente y serio
Que nos brinda su sombra bienhechora.
Tranquila y triste, con urgente mimo,
Bajo sus ramas buscarás mi arrimo;
Y en medio de la noche, constelada
De místicas estrellas, dulce amiga
Será tu alma de mi alma que se abriga
En la aurora triunfal de tu mirada.





LI

BARRIOS CAMPECHANOS

SAN ROMÁN

El cielo muy azul y en la ribera
El lánguido desmayo de las ondas
Con airones de espuma y en las frondas,
Siempre verdes, la turba vocinglera

De aves errantes. Luce la palmera
Á los oros del Sol sus crenchas blondas
Y el viento de la noche deja hondas
Caricias en su suelta cabellera

Cuando el Alba florece, á las ventanas
Alegremente asoman las barrianas
Ardientes como el Sol, como la brisa

Ligeras y ondulosas, y en sus ojos
Tiembla una estrella, y en sus labios rojos
Se deshoja la flor de la sonrisa.

SANTA ANA

Tonos agrestes : al fulgor incierto
Del moribundo Sol, en el camino
Se yergue la silueta de algún pino
Como un gigante enmudecido y yerto.
En la tarde simula un gran desierto
El barrio, y sólo escucha el peregrino
El trino de las aves ¡ dulce trino
Que va á perderse en el espacio abierto !
En las calles sombrías, á las piedras
De las tapias adhiérense las yedras
Que cubren las ruínas con sus flores,
Su monótono son da la cigarra
Y algún gañán preludia en la guitarra
La canción de sus rústicos amores.





LII

CREPÚSCULO

Irisando las nítidas corolas
da la espuma, su púrpura brillante
derrama el sol occiduo en rutilante
cascada sobre el raso de las olas.

Finge la luz en las riberas solas
un brocado de vívido cambiante,
y en los encajes de la nube errante
manojo de encendidas amapolas.

Una pira triunfal es el Ocaso
que parece incendiar con un chispazo
enorme el lapislázuli del cielo;

y empieza á descender desde la altura
la dulce paz que ofrece á la amargura
de las almas enfermas un consuelo.

LIII

CUERDAS SONORAS

Á la Sociedad del « Cuarteto Yucateco. »

EL VIOLÍN

Rimo en las noches misteriosas
una sutil melancolía ;
pasa mi dulce melodía
sobre los lirios y las rosas.
Sueñan las pálidas nerviosas
con mi cadencia, y se diría
que una profunda nostalgía
impregna el alma de las cosas.
Mis cantos finos y minúsculos,
como caricias de crepúsculos
primaverales, se deslíen
en los ambientes saturados
con el perfume de los prados
en que las flores se sonríen.

LA VIOLA

En mis arpegios hay una nota
que gime duelos, que dice cuitas,
sobre una alfombra de margaritas
sonoramente mi canto flota.
En los temblores del ala rota,
en las angustias más infinitas,
en las esperas de ocultas citas
mi voz arcana, perenne brota.
Mis cuerdas vibran siempre oportunas,
y sobre el raso de las lagunas
encarrujado por auras leves,
bogan mis trémulas vibraciones
como el acorde de las canciones
de los barqueros: hondas y breves.

EL VIOLONCELLO

Y yo digo la historia de una pena
que fué de flor en flor buscando asilo,
y lo pudo encontrar en el tranquilo,
dulce cáliz de nítida azucena.
Digo la historia de la virgen buena
en cuyo seno, con crüel sigilo,
una loca pasión tejiera el hilo

perpetuo que al dolor nos encadena.
De ese cáliz herido, de ese seno,
brotó como un sollozo y un veneno
mi cadencia preñada de dolores,
y vibra eternamente entre los labios
de todos los que sufren los agravios
incurables, de indómitos amores.

EL PIANO

Y yo confundo en una tremulación sonora
la voz de toda cuerda que canta ó que suspira,
y soy violín y viola y violoncello y lira;
río si alguna ríe; lloro si alguna llora.
Soy gran ave polífona; mi garganta atesora
toda cadencia y ritmo; y si el amor me inspira,
soy huracán que ruge y sueño que delira
y duda que atormenta y devoción que ora.
Arpegio, escala, trino; tonos fundamentales,
acordes de los cantos sagrados ó triunfales,
todo en mi ser palpita con vida intensa y rara,
y grabo en las conciencias el bien y la belleza
con más hermosos rasgos de orgullo y de grandeza
que el verso y los pinceles y el mármol de Carrara.



LIV

NOCHE DE LUNA

Á Javier Alayola.

Cae una lluvia de oro sobre las ondas:
Las brumas se estremecen como flotantes
Encajes de albo lino que tremulantes
Dejan su blanco beso sobre las frondas.

Empapan las ondinas sus crenchas blondas
En las aguas azules, y palpitantes
Surgen de las espumas entre sonantes
Risas, con sus miradas dulces y hondas.

Los sauces soñolientos riman su triste
Balada taciturna : la Luna viste
De cambiantes reflejos las hojas mustias,

Y un Silfo enamorado, con voz extraña,
Modula entre los tallos de la espadaña
El polífono canto de sus angustias.





LV

CROQUIS

Húmedo el aire; limpia la lejana
Inmensidad del cielo ; transparente
El agua cristalina de la fuente
Donde tiembla la luz de la mañana.

La sonora canción de la campana
Sube por el espacio lentamente,
Y desborda su púrpura el oriente
Sobre el verde matiz de la sabana.

El tardo buey levanta la cabeza
Y mira con olímpica tristeza
La serena amplitud de la llanura.

Y en medio del paisaje solitario,
Vuelan desde el antiguo campanario
Dos palomas de nítida blancura.



LVI

CARNAVAL EN CAMPECHE

Á mi buena amiga Maria Escalante.

CONFETTI

Estallan los cartuchos de colores
Bajo el oro de un sol esplendoroso
Y se esparce el « confetti », victorioso
En cien llamas de vívidos fulgores.
Es heraldo de efímeros amores
Que duran un instante venturoso ;
Y finge sobre el público alborozo
Aéreo jardín de diminutas flores.
Las manos tiemblan y en los labios vibra
Tu beso de pasión : late la fibra
Del afecto cordial ; siéntese anhelo
De eterna dicha, y los revueltos giros
Del aire hacen cascadas de zafiros
Y granates que ruedan hasta el suelo.

SERPENTINAS

Horadando ese enjambre que parece
Formado de moléculas aurinas,
Cruzan las policromas serpentinas
El aire que orgulloso se estremece.
Es malla de relámpagos que mece
Un momento sus cintas purpurinas
Y luego en espirales peregrinas
Y débiles parábolas perece.
Blanca mano sostiene con dulzura,
Al mirarlo venir desde la altura,
De alguna de esas cintas el extremo
Y forma entre el bullicio y la alegría,
Un rápido telégrafo en que envía
Dulces mensajes el amor supremo.

LOCURA TRIUNFA

Locura triunfa jubilosa y canta
Sus himnos de pasión, sus himnos rojos
Que son llamas fugaces en los ojos
Y arrullos de placer en la garganta.
Y no hay en el desfile que adelanta
Febrilmente, pesares ni sonrojos ;
Llueve un fuego que funde los enojos

Y todo lo enardece y abrillanta.
Locura triunfa.... pasan enflorados
Los carruajes luciendo los tocados
Caprichosos y raros de las bellas,
Y sobre aquella inmensa algarabía
Cae el « confetti » en rauda pedrería
Como lluvia fantástica de estrellas.

ELLA SUEÑA

Y tú, pálida reina pensativa,
Que miras desfilar el deslumbrante
Cortejo sin que anime tu semblante
Siquiera una sonrisa fugitiva;
Tú, mi pálida reina, que cautiva
De tus perennes sueños ni un instante
Quieres dar á mis penas el radiante
Fulgor de tu mirada compasiva;
Déjame asir las orlas de la nube
En que bogas cual mágico querube
Y que persigo con tenaz empeño,
Y si la triste realidad nos cansa,
Lancémonos, henchidos de esperanza,
Al éter infinito del Ensueño!





LVII

EL CRIMINAL

Á Carlos R. Menéndez.

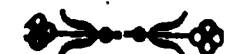
En el silencio augusto, bajo el fulgor sereno
De las estrellas pálidas, el criminal reposa,
Y hacia el fulgor radiante de las estrellas osa
Enviar las hondas penas de su angustiado seno.

La lívida figura del dulce Nazareno
Cruza, pausadamente, la noche silenciosa....
El criminal recuerda la madre cariñosa
Que lo arrulló de niño, que lo enseñó á ser bueno.

Y desolado y triste, con la mirada estática
En la actitud de un ídolo, en la actitud hierática
Del ídolo tallado por una raza muerta,

El mísero contempla la noche taciturna
¡ Y le parece el cielo una gran flor nocturna
Ante sus infortunios inmensamente abierta !

FIN



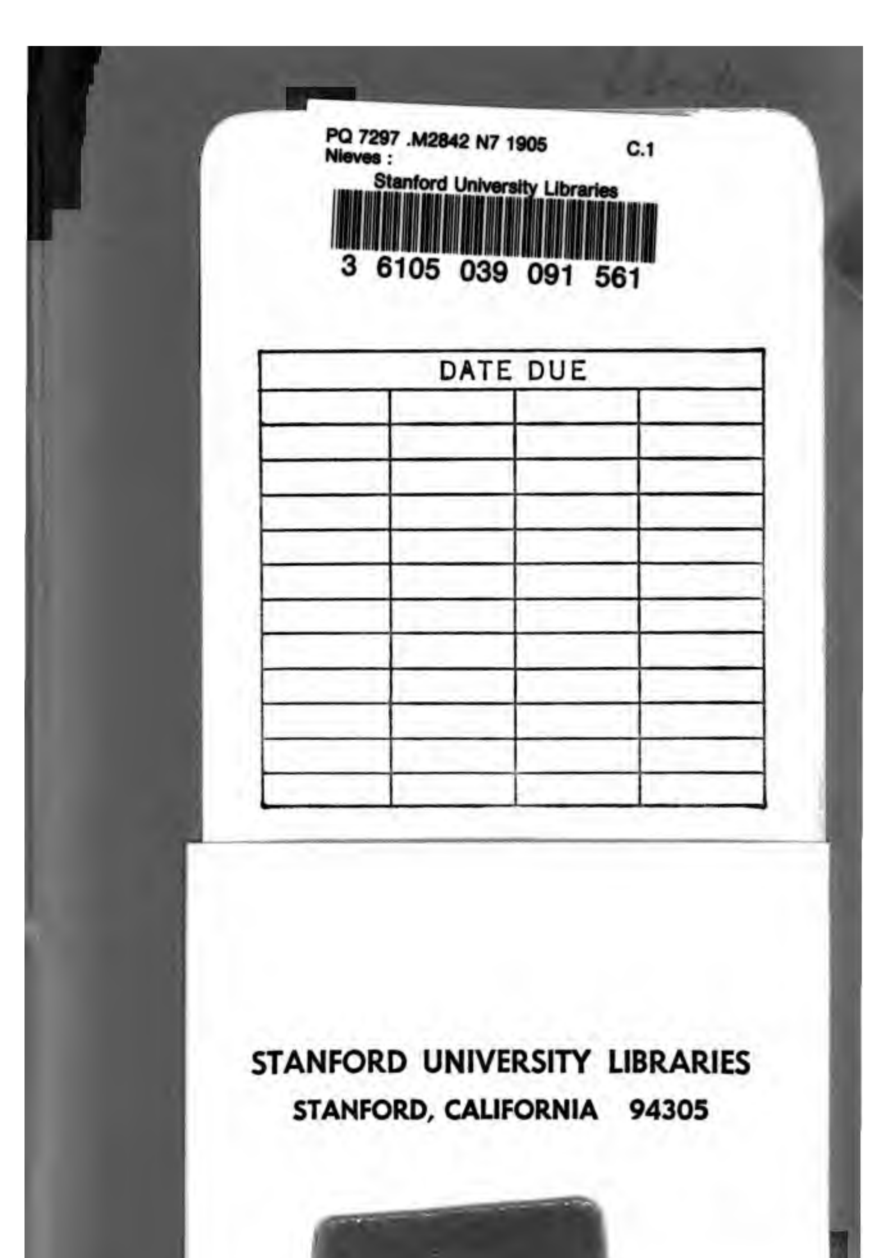
ÍNDICE

Eróticas

Hojas dispersas

Del Exterior

PARÍS. — LIBRERIA E IMPRENTA DE LA V^da DE CH. BOURET.


PQ 7297 .M2842 N7 1905 C.1
Nieves :
Stanford University Libraries
3 6105 039 091 561
DATE DUE
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305

